



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

**RESUMEN:** Leonard Nelson (1822-1927) fue filósofo neokantiano que se inspiró en la mayéutica socrática para desarrollar un tipo de diálogo socrático que pudiese aplicarse con grupos, tanto dentro de clase como fuera de ella, tal como explicó en su famoso artículo «El método socrático» (*Diálogo filosófico*, n.º 80, 2011)—. En este otro artículo nos expone los principios metodológicos y epistemológicos (de raigambre kantiana) que sustentan su práctica filosófica.

**Palabras clave:** Dialogo socrático, Práctica Filosófica, Didáctica de la filosofía, Filosofar, Leonard Nelson

**ABSTRACT:** Leonard Nelson (1822-1927) was a neokantian philosopher who inspired in Socratic maieutic to develop a type of socratic dialogue that could be applied with groups in classroom environments and outside, as he explains in his famous article «Socratic method». In this other article, he exposes the methodological and epistemological principles (inspired in Kant and Fries) that sustains his philosophical practice.

**Key words:** Socratic dialogue, Philosophical Practice, Teaching of Philosophy, Philosophize, Leonard Nelson

## EL ARTE DE FILOSOFAR

Leonard Nelson

Traducción de Ascensión Marcelino y Gabriel Arnaiz

Para muchos, la palabra «filosofía» no suena muy bien. Hay quienes consideran que se trata de una meditación poco pragmática, apropiada tal vez para los antiguos griegos o para la lejana y legendaria India, aunque en una época en que los logros de la civilización han llegado a lo más alto, la filosofía puede parecer un ejercicio intelectual que, si no distrae, es como mínimo inútil. Otros no quieren tener nada que ver con los filósofos porque dudan de que esta empresa sea científica, que no es más que una débil especulación cuyos resultados no soportan una crítica cuidadosa. Pero por otra parte, hay que decir que el desdén por la filosofía ya ha llegado a su punto más alto: las cuestiones filosóficas, una vez más, están empezando a despertar un interés cada vez mayor. Está haciendo falta una actitud unitaria hacia la vida y la naturaleza. Sin embargo, aunque esta necesidad de la filosofía (que sobre todo es una necesidad de estabilidad interior y de un criterio con el que guiar nuestra vida personal) nos da un indicio —por su universalidad— de su importancia para asumir la existencia humana al completo, y aunque pueda tener éxito en recobrar parte de su antigua dignidad, los hombres de ciencia continúan desconfiando de los procedimientos de los filósofos y reclaman un lugar entre ellos. El impulso filosófico a menudo adopta variadas y extrañas formas para alcanzar la verdad, y a veces prosigue su camino de manera titubeante y sin un método preciso, y eso es precisamente lo que caracteriza a las demás ciencias y



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

lo que debe exigírsele a una ciencia, si quiere tener el derecho legítimo de ser etiquetada como tal.

¿Cuál es entonces la naturaleza de eso que llamamos filosofía y cuya investigación decidirá si merece tener (o no) un lugar entre las ciencias? Si no estamos dispuestos a malgastar nuestras energías en una inútil batalla dialéctica, antes de nada debemos ponernos de acuerdo sobre el significado que habría que darle al término «filosofía», porque si cada uno le damos un significado diferente, no debemos sorprendernos si no alcanzamos ninguna unanimidad.

## I

El contenido de la filosofía (si la filosofía existe como tal) debe ser verdad. Pero no a la inversa. No toda verdad es filosófica, porque el relato fidedigno de una observación también es verdadero, tal como sucede con las proposiciones matemáticas. La verdad filosófica debe diferenciarse de algún modo de otras verdades. Pero lo que la diferencia se encuentra en el hecho de que *la verdad filosófica únicamente se hace evidente a través del pensamiento*. No calificamos de filosófico al conocimiento que se conoce independientemente del pensamiento. Por otra parte, todo conocimiento que se conoce a través del pensamiento es de naturaleza filosófica.

Pero hay dos formas de encontrar una verdad a través del pensamiento. En una de éstas, lo que pensamos de un objeto es simplemente aquello que está implícito en el concepto del objeto. En otras palabras, el predicado por el que definimos el objeto en nuestra mente no puede omitirse sin que de este modo anulemos el concepto del objeto. Por ejemplo, el conocimiento de que el número dos es un número par, o de que no debemos violar las obligaciones que tenemos con nosotros mismos es de esta clase. Los juicios que no contienen ningún conocimiento que vaya más allá del concepto de su objeto se llaman *analíticos*, y esa parte de la filosofía que incluye solamente juicios analíticos se llama *lógica*.

Todos los otros juicios, a saber, aquellos con los que atribuimos un predicado a un objeto que no está implícito en el concepto, se llaman *sintéticos*. Por ejemplo, el juicio «esta rosa es blanca» es un juicio sintético, puesto que podríamos pensar que esta rosa no es blanca. De la misma manera, el juicio «los lados contrarios de un rectángulo equilátero son paralelos» es sintético, puesto que el paralelismo de los lados contrarios no se deduce del mero concepto de rectángulo equilátero.

Ahora podría parecer que todos los juicios filosóficos tienen que ser analíticos (de hecho, la ilusión persistió hasta Kant), ya que todo conocimiento derivado del pensamiento es conocimiento a través de conceptos y, consecuentemente,



parecería que el conocimiento puede ser filosófico solamente en tanto en cuanto que procede de conceptos.

Sin embargo, aunque sea cierto que todos los juicios analíticos (tal como hemos definido la palabra) son filosóficos, de ello no se sigue que todos los juicios filosóficos deban ser analíticos. Hay que decir por ello que la cognición se hace evidente únicamente a través del pensamiento, algo bastante distinto que sólo se fundamenta en el pensamiento. Por consiguiente, no es imposible que los juicios sintéticos sean de naturaleza filosófica.

Y, de hecho, así es. Todos nosotros estamos tan familiarizados con ellos que no nos molestamos en tenerlos en cuenta. Así, en el caso de los juicios mas simples que se basan en la experiencia, presuponemos que ningún cambio sucede sin causa. Esta proposición enuncia una verdad filosófica, ya que es evidente que no puede derivarse de una intuición. Sin embargo, es un juicio sintético, puesto que no hay nada en el mero concepto de cambio que implique la necesidad de una causa. O para dar un ejemplo bastante diferente: cuando afirmamos que el crimen debería ser castigado, estamos de nuevo expresando de hecho un juicio filosófico sintético. Esta afirmación ni puede fundamentarse en la intuición ni tampoco respecto a la legitimidad del castigo implícito en el concepto de crimen, esto es, en el concepto de violación de la ley.

En pocas palabras: a los juicios filosóficos sintéticos los llamamos *metafísicos*.

Por lo tanto, la filosofía (en conformidad con la diferencia entre los juicios analíticos y sintéticos) se divide en lógica y metafísica. La metafísica constituye el contenido real de la filosofía, porque es solamente a través de los juicios sintéticos como el conocimiento puede expandirse más allá de los meros conceptos. Por esta razón, cuando consideramos la posibilidad de una ciencia filosófica nos dirigimos sobre todo a la metafísica.

## II

El significado de esta cuestión varía dependiendo de lo que nos motive a tomar un interés activo en la filosofía. Podría ser que la verdad de una proposición filosófica nos interese por su importancia para nuestra concepción de la vida y de la naturaleza. O podemos investigar las relaciones entre las verdades filosóficas y el origen de las que derivamos nuestra comprensión de ella.

De este modo, la proposición de que «todo cambio tiene una causa» nos interesa porque de ella podemos juzgar si es posible (o no) un milagro en el curso de los sucesos naturales. De manera similar, nos interesa saber que todo crimen merece un castigo, porque las leyes penales descansan o recaen en la verdad de



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhoo.aafi.es](http://www.elbuhoo.aafi.es)

esta proposición. Pero para nosotros no es suficiente con estar seguros de esta verdad y con confiar en ella al aplicar la proposición. También buscamos los orígenes de esta certeza y las razones a las que podemos recurrir para defenderla de cualquier posible duda. La cuestión aquí es si puede probarse esta verdad y de qué modo, y si no puede ser, de qué forma podemos alcanzar una decisión sobre ella.

El interés que únicamente se dirige hacia el logro de los *resultados* surge de manera inmediata de nuestro interés por solucionar los problemas con los que la propia vida nos confronta. Pedimos a la filosofía que nos proporcione reglas con las que evaluar los hechos y acontecimientos que nos rodean, reglas que necesitamos para actuar de manera reflexiva. Esta seriedad de la reflexión exige que alcancemos la comprensión de las exigencias de la vida humana y de sus fines últimos, y son precisamente estos fines los que la filosofía debería enseñarnos a reconocer. Es la tarea más alta, y por ello descansa siempre en una esfera práctica, en la ética como metafísica práctica. Siguiendo a Sócrates, podríamos designar la labor de la filosofía como aquélla que extrae desde el exterior las leyes no escritas, las que no dependen de la autoridad y la tradición para ser válidas, sino que más bien son prescritas por la sola razón humana.

A causa de esta relación con la vida, la filosofía, igual que otras manifestaciones de la vida, es parte de la totalidad de la experiencia humana, y como parte de ésta, puede examinarse históricamente como un fenómeno de la civilización humana.

El otro interés, a saber, la *verificación* de las verdades filosóficas, es el genuino interés científico de la filosofía. La filosofía no se convierte en ciencia simplemente porque sea verdad. También es necesario que la filosofía verifique los juicios cuya verdad afirma. Se puede designar como *dialéctica* el proceso de verificación de una doctrina filosófica. Este término abarca entonces todos los significados necesarios para obtener con certeza científica una concepción general de la vida y de la naturaleza.

Aunque la filosofía (entendida como una concepción de la vida y de la naturaleza) se relaciona con la dialéctica, también se relaciona con más significados; y la elección y el empleo de estos significados tiene tanta importancia para la filosofía como *ciencia* que, antes de nada, debemos dirigir nuestra atención exclusivamente hacia estos significados. Si deseamos alcanzar una *Weltanschauung* bien fundada, nuestra primera preocupación debe ser desarrollar el *arte de filosofar*, esto es, descubrir los métodos por los que podemos remontarnos a las fuentes de los juicios filosóficos. Por ello, debemos contener la impaciencia que nos asalta por construir un sistema, cuyo motivo es el miedo a que el trabajo se vuelva tedioso. Así pues, si queremos que la filosofía llegue a ser una ciencia, no debemos salirnos del objetivo trazado.



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

En ocasiones, también es cierto que, debido al valor que le damos al método para filosofar, se ha cometido el error de negar el objetivo último de la filosofía. Por ello, ha llegado a ser usual en algunas escuelas despreciar lo que se llama la *Weltanschauung* filosófica: su idea es que una *Weltanschauung* no está dentro del ámbito de la ciencia y que la filosofía como ciencia estricta debe anular cualquier intención de alcanzar esta concepción.

Pero este juicio (el de que una concepción científicamente fundamentada de la vida es imposible) descansa sobre una asunción completamente arbitraria, impidiendo con ello la función de la filosofía como ciencia sin ninguna justificación. Pero hasta que no se haya proporcionado una prueba de que es imposible conseguir una concepción firme y clara de la vida por el camino estricto de la ciencia, la opinión de aquellos que realizan esta afirmación no es más fiable que la de aquellos que afirman lo contrario.

Ni tampoco sirve argumentar en favor de este supuesto señalando que han fallado todos los ensayos previos de establecer científicamente una *Weltanschauung*. Aunque este argumento pueda ser válido para un observador superficial, nadie puede mantener seriamente que si algo no ha existido hasta el momento, por lo tanto, no puede llegar a ser real en el futuro.

Es cierto, si persistimos en el prejuicio pesimista inherente a esta suposición, se cumplirá la previsión: lo que no ocurrió en el pasado permanecerá sin ocurrir durante toda la eternidad. Y sólo nos los podemos agradecer a nosotros mismos, puesto que el éxito en esta materia sólo puede alcanzarse a través del ejercicio de la mente humana, y como es imposible querer alcanzar aquello que parece imposible, es precisamente esta incredulidad la que hace que el objetivo no se alcance.

La misma física, orgullo de la ciencia moderna, fue posible solamente porque los hombres decidieron romper con una incredulidad que había llegado a estar impresa en nuestras mentes a través del impacto de la experiencia en los siglos pasados. Pero esta decisión fundamental no fue, ni en el caso de la física, suficiente para asegurar que la ciencia progresara ininterrumpidamente. Tuvieron que pasar muchas dificultades para someter a prueba la autodependencia del intelecto humano, una y otra vez. Los problemas no se solucionaron de la noche a la mañana. La historia de las teorías de las ciencias naturales es una serie continua de juicios que, solamente mediante una aproximación gradual a la verdad y la superación de múltiples errores, encontró gradualmente un éxito creciente.

Aunque el perfeccionamiento de la ciencia tiene éxito solamente por el camino de una verificación más o menos imperfecta, esto no significa que las etapas provisionales por las que la ciencia está obligada a pasar deban ser falsas en sus *resultados*; no es por esta razón que un resultado insuficientemente verificado sea necesariamente falso. Más bien sucede con bastante frecuencia que el



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

descubrimiento de nuevas verdades anticipa el desarrollo de los métodos necesarios para su verificación. La historia de las ciencias empíricas y matemáticas es rica en ejemplos de cómo el genio de grandes científicos se manifiesta precisamente en que sacan a la luz descubrimientos cuya verdad son incapaces de verificar, descubrimientos cuyos métodos de verificación están anticuados o que simplemente son inadecuados. Como viene siendo constante, suelen ser los discípulos y continuadores del trabajo de los maestros quienes primero encuentran la forma de solucionar esta verificación. El genio del científico se guía por un sentido de la verdad que lo lleva hacia delante y con más seguridad que la aplicación tradicional de las reglas metódicas. Dotado con este sentido de la verdad, anticipa los resultados de otros que no están bendecidos con este y que deben encontrar su camino a través del trabajo metódico y continuado de generaciones de investigadores.

Si insistiésemos en condenar estas ideas como fantasías sin importancia para la ciencia porque no están suficientemente verificadas, impediríamos que los métodos estrictos de verificación desarrollasen sus campos de aplicación más fructíferos, puesto que los descubrimientos que el sentido de la verdad anticipa no sólo preceden en el tiempo a la invención de los métodos de verificación, sino que también indican la dirección del refinamiento y el propósito de estos métodos.

Gauss dijo una vez: «hace mucho tiempo que he obtenido mis resultados pero aún no sé cómo he llegado a ellos».

Kepler, como Poincaré, comentó con contundencia que nunca habría descubierto sus famosas leyes si hubiera hecho su tarea equipado con los medios de observación que están hoy en día a nuestra disposición. Las observaciones de Tycho Brahe que usaba Kepler, fueron suficientemente imprecisas para permitirle alcanzar sus conclusiones. Seguramente, estas conclusiones no fuesen estrictamente correctas, pero por esta razón prepararon el camino para los avances más grandes de la astronomía. Si desde el principio hubiesen tenido que confiar en observaciones exactas, habrían tenido que enfrentarse a condiciones tan complicadas que estos avances seguramente no se habrían producido.

La historia del cálculo infinitesimal nos proporciona otros ejemplos. Si aquellos que fueron de hecho creadores de esta ciencia hubiesen tenido nuestros criterios actuales de pruebas precisas cuando abordaban sus tareas, podemos estar seguros de que incluso hoy en día no sabríamos nada del cálculo infinitesimal, puesto que la dificultad de ajustarse a unas normas tan estrictas en los primeros momentos de constitución de esta disciplina habría resultado insuperable.

Pero se puede ir mucho más lejos, y afirmar que incluso aquellas ramas de la ciencia del presente cuyos métodos son los que más altamente se han desarrollado, no podrían resistir la crítica a la que uno debiera someterlas si se llevase esta lógica a sus últimas conclusiones y condenara cada proposición científica que no estuviera



**El Búho**

**Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).**

**D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.**

**Publicado en [www.elbuhos.aafi.es](http://www.elbuhos.aafi.es)**

estrictamente verificada. Lo que esto significa para la suerte de la ciencia se hace enseguida evidente por el hecho de que incluso los principios más simples de la aritmética, aquellos sobre los que se construye la tabla de multiplicación, tendrían que abandonarse. Por lo tanto, debe admitirse que la teoría de los números enteros aún no está definitivamente verificada.

Ocurre que en filosofía también debemos resignarnos a soluciones provisionales de problemas que sólo se perfeccionan gradualmente. Si picamos muy alto, si insistimos en tratar solamente con problemas resolubles, nos prohibimos el único camino de alcanzar la verdad.

Y, de hecho, la historia de la filosofía está repleta de ejemplos de cómo se impide el progreso científico cuando los continuadores de un gran filósofo abandonan sus descubrimientos porque no están suficientemente verificados. Un clásico ejemplo es el destino de la doctrina de las ideas de Platón. Aristóteles, discípulo de Platón, descartó esta doctrina porque vio que su verificación era inadecuada. De este modo, se le privó a la filosofía un avance tal que dos milenios no han bastado para deshacer el entuerto y devolverla al camino que Platón le indicó. Esta verificación científica de la doctrina de las ideas de Platón no tuvo éxito hasta el descubrimiento del idealismo trascendental kantiano. Pero da la casualidad de que la historia del descubrimiento de Kant nos proporciona una repetición de este mismo comportamiento; la inclinación a juzgar la verdad de un descubrimiento de acuerdo a la rigurosidad de su verificación tiene importancia por el hecho de que esta doctrina de Kant sufrió la misma desgracia. La profunda verificación del idealismo trascendental de Kant también estuvo lastrada de errores dialécticos. Fue el reconocimiento de estos errores lo que desencaminó a la mayoría de sus sucesores, al renunciar al descubrimiento junto con su verificación defectuosa y, por consiguiente, se sacrificó una vez más una de las más grandes contribuciones a la ciencia.

La necesidad de aceptar de manera incompleta los resultados verificados entraña ciertos peligros. Puede hacer que un alumno acepte una opinión basándose simplemente en la autoridad de su maestro y que la asuma como un dogma; que repita como un papagayo las palabras de su maestro y que el pensamiento independiente sea sustituido por la tradición. La única protección contra esto es el desarrollo de un auténtico pensamiento crítico, que le proteja a uno tanto del parloteo ininteligible como del rechazo irresponsable, y del que los discípulos de un pensador pionero puedan prescindir lo mínimo si quieren aspirar a ser verdaderamente fieles a su maestro. Para ello, la fidelidad solo puede consistir en que acepten su descubrimiento para investigar sus fundamentos y establecer su verdad dialécticamente.

La historia de la filosofía nos enseña que es muy raro que una sola y misma persona descubra una nueva doctrina y la verifique. Desde el punto de vista histórico, entre la visión del mundo de un filósofo preeminente y su dialéctica existe





El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

una curiosa relación: alcanza su visión del mundo de un modo original, no por medio de la dialéctica, no a través de la investigación científica, sino que llega a ella por su experiencia vital y solamente después busca su verificación dialéctica. Esto explica las inconsistencias que a menudo se encuentran incluso en los sistemas de los más grandes descubridores. Pero muchos filósofos dudan de los resultados que confirman su sentido de la verdad, porque pueden contradecir los principios de su sistema. Frente a la difícil decisión de negar su sentido de la verdad para reservar la consistencia lógica de su sistema o de adaptar su sistema a estos resultados manteniendo las inconsistencias, se permitirá a sí mismo cualquier inconsistencia antes que sacrificar estos resultados. Generalmente son los discípulos de los grandes filósofos quienes, como les falta el don de la creatividad y, por lo tanto, dependen sólo del esqueleto muerto del sistema, proporcionan tal consistencia a la doctrina del maestro que no queda nada en el sistema que no puede remitirse lógicamente a los principios del mismo. Y esto provoca muchas veces situaciones en las que el sistema lógicamente desarrollado por los discípulos no tiene nada que ver con la visión del mundo de su creador.

Sin embargo, lo que es esencial de la doctrina de un filósofo importante para el progreso de la ciencia y el avance de la historia se encuentra no tanto en su concepción de la vida como en lo que él mismo contribuye para el desarrollo de métodos de verificación. Puesto que no es su visión del mundo lo que le distingue de otros filósofos importantes: ésta no es exclusiva de ningún pensador, aunque es común a todas las épocas; es inmutable, como la propia razón humana. Por lo que concierne a su contenido, el pensador más agudo no es superior al hombre completamente desentrenado en la dialéctica; lo que le distingue del otro es únicamente una mayor consciencia de las *razones* que fundamentan este contenido. Esto explica por qué muchas veces uno descubre que la mayoría de las ideas modernas fueron expuestas por los filósofos de la Antigüedad. En la historia de la filosofía, el progreso consiste solamente en desarrollar métodos con los que la verdad filosófica que yace más o menos confusa en las mentes de cada uno se verifique de manera más adecuada. De ahí que este progreso se alcance en el campo de la dialéctica, y no en el de las cosmovisiones.

### III

La filosofía, pues, debe reunir dos condiciones claramente diferenciadas: lo que enseña debe ser verdad y la forma en la que lo enseña debe ser ciencia. Examinemos en detalle las implicaciones que esto conlleva.

Si la filosofía consiste en instruirnos en la verdad, debe estar libre de la autoridad de la tradición, libre de cualquier autoridad. Puede que esto parezca algo obvio, pero no lo es. Inicialmente, pensar no es algo libre. Cada individuo depende





El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhoo.aafi.es](http://www.elbuhoo.aafi.es)

de poderes superiores que, debido a las reclamaciones heredadas de hegemonía, le dice cuáles son las reglas para su pensamiento y para toda su conducta. De este modo el pensamiento debe primero liberarlo de todas las ataduras de la autoridad, por lo que la lucha contra toda clase de despotismo intelectual debe ganarse antes de que el trabajo filosófico pueda ponerse en marcha.

Pero esta liberación de la tiranía de la autoridad no produce por sí misma un pensamiento filosófico. La emancipación del espíritu de toda limitación exterior es más bien solamente una precondition para la posibilidad de someternos a aquellas limitaciones internas que subordinan el pensamiento al servicio de la verdad. Aquí, los intereses de la filosofía divergen de los de la poesía y la mitología.

Divergen también de todos los demás intereses, da igual la importancia o el valor que estos intereses parezcan tener; la solución de los problemas filosóficos deberían afectar solamente a los intereses de la verdad.

En el caso de la filosofía, este proceso de emancipación encierra muchas más dificultades que cualquier otra ciencia. Los problemas filosóficos están íntimamente entretnejidos de intereses variopintos, y su solución tiene consecuencias prácticas que penetran profundamente en la vida del individuo y de la sociedad. El individuo, en función de lo que espere o tema de una decisión, se inclinará inconscientemente hacia el lado que favorezca sus intereses y permitirá una influencia imperceptible pero determinante sobre los resultados de sus investigaciones; un peligro que no amenaza a otras ciencias al mismo nivel. Es fácil mantener la cabeza fría con las matemáticas, pero cuando se investigan principios que determinarán la actitud de las personas hacia las cuestiones religiosas, éticas, legales y políticas, y cuando debe prepararse, por el bien de la verdad, a renunciar a todo lo que tiene que ver con los sentimientos, es difícil perseverar en ese desapasionamiento, sin el que no puede existir un análisis y una solución libre de prejuicios.

Parece que todavía existe la posibilidad de otro conflicto. Si el punto de partida no es una ética autónoma que nos obligue a creer en determinadas cosas, se impondrá entonces una solución particular a ciertos problemas y será imposible una investigación objetiva. Sin embargo, no podemos aceptar esta ética como vinculante a menos que seamos libres para probar su verdad; ella misma tendrá que someter la validez de sus alegaciones a un análisis crítico libre.

Durante siglos la filosofía fue esclava de la teología. Nos enorgullecemos de una ciencia liberada de esta esclavitud, pero si el pensamiento es libre hoy en día o si simplemente ha cambiado de amo, eso es otra cuestión. ¿O es que ya se ha decidido que una ciencia que sirve a la política es más libre que la antigua esclava de la teología, y que es más noble ceder a la fuerza bruta y tener éxito en el tribunal de última instancia que rendir homenaje a un dogma que, a pesar de todas sus distorsiones supersticiosas, aún refleja el esplendor de una idea más elevada?

La verdad filosófica es de una clase especial. No es materia de conocimiento sino de intuición. No se llega dominar por erudición, sino porque uno mismo la ha pensado. Por tanto, lo que puede enseñarse no es tanto filosofía como el arte de filosofar. Para estar seguros, uno puede adquirir conocimiento de las convicciones filosóficas de otro, pero no por ello se convierte en filósofo: simplemente aprende lo



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

que el otro considera filosófico. Cuando aprendemos que Heráclito afirmaba que todas las cosas fluyen, este conocimiento no es más filosófico que el que tenemos de que vivió en Éfeso o de que Alejandro Mango fue a Babilonia. Por esta razón no se puede aprender filosofía de la historia de la filosofía. El conocimiento más exacto y omnicomprensivo de la historia de la filosofía no se puede comparar con el pensamiento filosófico más simple, y nada hay más necio que el deseo de convertirse uno mismo en filósofo a través del estudio de la historia de la filosofía.

Sin embargo, filosofar (el arte del pensamiento independiente mediante el que uno llega a la filosofía) se puede aprender y obtener de otras personas, que nos sirven de ejemplo. De hecho, *debe* ser así, si valoramos el progreso de la filosofía y no queremos dejar enteramente al azar la cuestión de avanzar tan lejos como nuestros predecesores.

Pero la filosofía exige algo más que pensar por uno mismo, a saber, exige *precisión a la hora de pensar*. Una reflexión o una meditación caótica no es filosofar, pues filosofar requiere de conceptos claramente delimitados. Si queremos aprender a través del pensamiento —y por lo tanto a través de conceptos—, y no sólo pensar, debemos diferenciar algunos conceptos. La capacidad para hacer esto es la perspicacia, y sin ella uno no puede llegar a ser filósofo. La fantasía puede volar libre y dejar que el espíritu se entretenga con conceptos entremezclados, pero filosofar es un asunto serio que somete a la mente a la disciplina de un pensamiento ordenado. Y precisamente porque la tarea de la filosofía no consiste en aliviar las necesidades del corazón y competir con las creaciones de la poesía con la riqueza de sus ideas o la gracia de sus formas, tampoco puede tolerarse ninguna invasión de su propio campo por piedad mística o imágenes de éxtasis; solamente pertenece a su campo el pensamiento sin adornos.

Nuestro objetivo, sin embargo, no consiste simplemente en reflexionar; si la reflexión tiene que tener un propósito, debe dirigirse hacia problemas verdaderamente importantes. Esto no implica que las investigaciones filosóficas sólo estén justificadas si sirven a un propósito útil. La investigación filosófica, como cualquier búsqueda la verdad, es un fin en sí mismo. Pero este interés mayor en la verdad, que es independiente de toda utilidad, sin embargo tiene que ver con la relación de nuestro pensamiento con la realidad. En filosofía, la importancia de los problemas también está determinada por la extensión con que su solución contribuye a nuestro conocimiento de la realidad. Luchar con cuestiones cuya única importancia es formal o con meras sutilezas viola nuestra necesidad de un *pensamiento con un propósito*. Y, de hecho, una discusión sería como la del problema de si Cristo hubiese podido redimir al género humano si hubiera llegado al mundo convertido en una calabaza, o de si un ratón que hubiese mordisqueado la sagrada forma habría experimentado por ello una dicha celestial —cuestiones que fueron de vital importancia para los escolásticos—, hoy en día nos parecerían ridículas.

Y aquí podríamos preguntar en qué consiste exactamente la contribución de la filosofía a la realidad. Descubriremos que esta contribución se realiza de una manera muy indirecta, en la medida en que la filosofía pura no contiene ningún



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

conocimiento de la realidad, sino que simplemente nos proporciona una forma (en sí misma vacía) que recibe su contenido solamente de la experiencia. Esto no niega la importancia de los problemas de la filosofía pura; más bien nos explica por qué esta importancia sólo puede valorarse correctamente a la luz de la relación entre la filosofía pura y la filosofía aplicada. No importa lo frágil que pueda parecer el valor positivo de la filosofía a la luz de esta relación, el daño que la aplicación de falsas doctrinas filosóficas (porque sin ellas incluso las conclusiones empíricas ms simples serían imposibles). Estamos obligados, si estamos dispuestos a resistir las debilidades de la falsa filosofía, a confiar en las enseñanzas de una filosofía correctamente establecida.

#### IV

Es fácil ver que la naturaleza particular del conocimiento filosófico también establece ciertas condiciones para su *presentación*, condiciones que otras especialidades de la ciencia también tienen que conocer, pero que para la filosofía son excepcionalmente importantes.

La naturaleza del conocimiento filosófico requiere que las palabras que el filósofo utiliza para transmitir su pensamiento designen conceptos definidos claramente y escrupulosamente delimitados. Cuando esta condición no se cumpla, podemos estar seguros por adelantado de que no vamos a encontrar ilustración filosófica. Una palabra o una expresión o denotan un pensamiento definido o no denotan ninguno. Una palabra tiene *sentido* solamente cuando su relación con el pensamiento no es equívoco, y una palabra que pretende tener más de un sentido es equívoca. Seguramente hay algunas personas que piensan que es poca cosa el que una palabra sólo transmita un único pensamiento: nuestra capacidad de pensamiento es obviamente más rica cuantos más pensamientos podamos asociar a una palabra. Esta noción nos remitiría al ideal de un lenguaje que tuviera infinitas connotaciones, con lo que no habría ningún límite para el número de pensamientos incluidos en una palabra. Pero quienquiera que suscriba ese punto de vista revela a las claras su ignorancia de la finalidad del lenguaje: la comunicación de las ideas mediante el uso de símbolos asignados a ellas; un propósito que se frustraría por sus múltiples implicaciones. Que la misma palabra sirva para conectar muchos pensamientos no es un signo de riqueza de pensamiento, sino de falta de pensamiento por parte de quien la profiere.

Esto indica cómo deberíamos considerar el cliché con el que libros y discursos de confuso contenido filosófico a veces se justifican e incluso se aprecian, es decir que admiten una variedad de significados. Si un planteamiento no nos obliga a asociar algo definido (por ejemplo, un único pensamiento con cada expresión), entonces no nos obliga a pensar en absoluto; estamos tratando con pura charlatanería. Nos engañamos a nosotros mismos si imaginamos que estamos pensando, cuando en realidad sólo estamos recogiendo palabras y repitiéndolas como un papagayo. No deberíamos decir cuando escuchamos una exposición



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

científica que pensamos en *algo* (o incluso en una variedad de cosas), sino que nos *hace pensar en algo determinado*.

Por esta razón, debemos rechazar un lenguaje filosófico *metafórico*. Porque en sí misma la metáfora es siempre ambigua y proporciona a la mente demasiado juego libre. Cada metáfora es una comparación, pero cada comparación es inexacta. Por ello, una expresión metafórica sólo puede servir como un ejemplo que clarifica, nunca como el significado real con el que se designa un pensamiento específico. Podríamos responder con el problema de qué sería del lenguaje si tomásemos literalmente el principio de evitar todas las expresiones metafóricas. Pero hay que recordar que la mayoría de las palabras que inicialmente se utilizaban como metáforas han perdido su antiguo significado, de forma que ahora se asocian con ellos conceptos definidos e inmediatos. De este modo, la palabra «fundamento (o base)» tiene hoy en día un sentido abstracto que entendemos de manera inmediata sin considerar que originariamente significaba lo mismo que «tierra». Por otra parte, es una manera poco clara y completamente metafísica hablar de la «raíz» del principio de razón suficiente. Esta expresión no es concreta en su significado y, como todas las expresiones de esa clase, es capaz de llevar a conclusiones erróneas, no solamente a quien la oye o la lee, sino también a quien la usa.

A menudo oímos intentos de excusar la inexactitud de una expresión alegando la profundidad del pensamiento (lo que impide que sea una afirmación comprensible). Pero tal defensa debe ser examinada cuidadosamente. Aunque es cierto que la dificultad de un pensamiento aumenta con su profundidad, debemos tener cuidado con buscar, de hecho, una especial profundidad de pensamiento en todas las afirmaciones incomprensibles. Muchos impostores filosóficos emplean esta ilusión; adoptan un discurso oscuro y gráfico, con lo que la oscuridad de su palabrería puede camuflar la rimbombancia y banalidad de sus pensamientos (y las mentes poco críticas no se darán cuenta).

De hecho, la verdadera profundidad no necesariamente va unida a la oscuridad de su presentación. Podemos razonablemente afirmar esto: que es necesario *mucho trabajo* para entender pensamientos profundos, y que se requiere de gran perspicacia para comprender incluso la más exacta exposición de doctrinas filosóficas difíciles (incluso cuanto más exacta es la exposición, mayor es la necesidad); una agudeza de pensamiento de la que el lector o el que escucha no siempre es tan capaz como el que la expone. No tenemos derecho a exigir que la comprensión de doctrinas científicas se nos garantice sin trabajo, pero si tenemos derecho a exigir —e incluso deberíamos hacerlo— que lleguen a ser absolutamente claros después de bastante trabajo.

Pero junto a esos requerimientos que pertenecen más o menos a la exposición de cada ciencia, debemos tener en consideración una circunstancia, que determina una cualidad especial de conocimiento filosófico. Es característico del conocimiento filosófico el hecho de carecer de claridad inmediata de la intuición. Esto explica la dificultad específica de comunicar el pensamiento filosófico, una dificultad que le es extraña a otras ciencias. Mientras que en otras ciencias somos capaces, señalando



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhoo.aafi.es](http://www.elbuhoo.aafi.es)

el objeto de la intuición, de eliminar todas las dudas que tengamos en relación al pensamiento que estamos intentando transmitir, en filosofía estamos limitados exclusivamente al lenguaje. Por ello, estamos obligados a adherirnos estrictamente al uso *general* del lenguaje. Si usáramos nuestras propias fórmulas lingüísticas arbitrariamente inventadas, una terminología artificial (como a menudo es útil y permisible en otras ciencias), frustraría cualquier comprensión de nuestro significado. Pero ¿cómo podríamos hacer comprensible a otros nuestro lenguaje privado? Si puede traducirse al lenguaje ordinario, el lenguaje ordinario lo hará. Y si no, deberíamos tener a nuestra disposición algún modo de transmitir pensamientos aparte del lenguaje. Debido a la naturaleza no intuitiva del conocimiento filosófico no disponemos de estos medios; por eso, en filosofía la comprensión depende por completo de una conformidad consciente con el uso lingüístico general. Si abandonamos este medio de comunicación, perderemos toda posibilidad de intercambio intelectual.

Las dificultades surgen aquí, en parte porque el uso lingüístico general no posee siempre la precisión necesaria para la exposición científica, y en parte porque no es lo bastante rico para seguir el ritmo de desarrollo de los conceptos filosóficos. Sin embargo, no hay nada que podamos hacer salvo usarlo lo mejor que podamos; y lo haremos no reinterpretándolo a la fuerza y corrompiendo el instrumento indispensable de la lengua, sino esforzándonos poco a poco en adaptar los hábitos lingüísticos a las necesidades de la ciencia. Donde falla el uso lingüístico general, debemos recurrir a neologismos, esto es, a símbolos que aún no tienen ningún significado y que por ello todavía no han aparecido en la lengua (lo que suele hacerse —y es la mejor opción— es introducir palabras de derivación foránea). Pero nos debemos quedar con dos cosas: primero, una expresión tan artificial necesita una explicación; los elementos de los que se definen en términos lingüísticos comunes (puesto que no se puede convertir en comprensible una expresión en sí misma incomprensible reduciéndola a expresiones que son igual de incomprensibles); segundo, la introducción de estas expresiones artificiales, incluso con esta limitación, debe ser siempre una medida de emergencia, puesto que si hacemos un mal uso de esta ayuda, podemos perder más cosas que ganamos. Podemos atrofiar las raíces con las que el lenguaje vivo obtiene su fuerza y sin las cuales, incluso los brotes injertados a una terminología artificial es imposible que se sigan vivos.

Estos requerimientos puede parece evidentes al ingenuo y, sin embargo, una simple mirada a la literatura filosófica contemporánea basta para demostrar que incluso los profesores más célebres están lejos de prestar atención a estas simples y claras demandas.

## V

Hemos descubierto que la filosofía debe cumplir dos condiciones; una concierne a su contenido; la otra, a su forma. La primera se da cuando la filosofía implica conocimiento, la segunda cuando asume la forma de una ciencia. Ahora que hemos



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

visto lo que es necesario para la primera de estas dos condiciones, vamos a considerar que lo que se necesita para la segunda.

El conocimiento filosófico, como toda clase de conocimiento, solamente se convierte en una ciencia cuando los diversas cogniciones que van a formar parte del conocimiento particular se dan en forma de unidad sistemática. La unidad de un *sistema* consiste en el hecho de que el conocimiento, que de otra manera estaría disperso, está tan ordenado que cada proposición que expresa este conocimiento ocupa una posición definida en la estructura completa, o como un teorema (si puede derivarse lógicamente de otras proposiciones del mismo campo de conocimiento), o como un principio básico (si no puede derivarse mediante silogismos de otras proposiciones de ese campo, pero expresa una verdad que se establece en otro lugar.

El paso más importante para conseguir que la filosofía adquiriera el carácter de una ciencia es el descubrimiento y verificación de sus principios básicos. Sabemos que la consistencia de un sistema no depende de la corrección de sus principios básicos; un sistema completamente consistente puede erigirse incluso sobre los supuestos más absurdos. Pero precisamente por esta razón no es suficiente con la consistencia interna de una estructura de teoremas, porque cuando los presupuestos son erróneos ninguna cantidad de pensamiento consistente puede acercarnos a la verdad. Por lo tanto, antes de establecer los principios básicos, es un gasto de energía construir un sistema basándose en ellos. Pero una vez que se establezcan, el sistema puede construirse simplemente a través de silogismos. De este modo, el principal problema metodológico de todo el filosofar es cómo hacerse con los principios filosóficos básicos, porque a diferencia de, por ejemplo, los axiomas de la geometría, no son evidentes, puesto que no se basan en la intuición, así que no podemos partir de ellos como si fuesen algo ya establecido. Al revés, son los elementos más controvertidos de todas las ciencias, y su descubrimiento y verificación presentan las dificultades más grandes.

El método para descubrir los principios básicos de una ciencia particular depende esencialmente de la naturaleza del conocimiento que forma el contenido de la ciencia en cuestión. De hecho, el método filosófico también está determinado por el carácter específico del conocimiento filosófico. Cuando decimos que aquellas verdades que llegan a clarificarse solamente a través de la reflexión son filosóficas, lo que queremos decir es que nos encontramos ante un conocimiento que no obtenemos de la experiencia pero que —si somos capaces de adquirirla— tiene su base en nuestra propia razón. Por ello, hemos afirmado también que este conocimiento no está disponible para nosotros de manera clara e inmediata, sino que en un principio descansa en las profundidades de nuestra razón. Por lo tanto, la dificultad no se encuentra en la adquisición de conocimiento filosófico, sino en su clarificación mientras está dentro de nosotros.

Para que la clarificación de este conocimiento tenga éxito no debemos solamente reflexionar, sino que debemos hacerlo según un plan; y esto no significa otra cosa sino que debemos guiar nuestra reflexión con una regla específica que, tanto como sea posible, impida que perdamos de vista nuestro objetivo.





El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

Pero ¿cómo vamos a descubrir esta regla antes incluso de conocer nuestro objetivo?

No importa lo confuso que sea el conocimiento filosófico que reside en nuestra razón, aún así se manifiesta en todos nuestros juicios cotidianos; es básico para todos los juicios empíricos, incluso para los más simples. Por ello, no hay otra forma de encontrarlo que la de empezar con el uso concreto de nuestra inteligencia, es decir, con juicios de cuya verdad estamos seguros, aunque no podamos explicar aquello sobre lo que descansa esta certeza. Si analizamos estos juicios llegaremos a los principios básicos que estamos buscando. Este análisis consiste en examinar cuáles son los presupuestos que necesitamos para formular el juicio en cuestión, ascendiendo entonces a través de una abstracción que progresa constantemente desde los contenidos empíricos accidentales de los juicios individuales hasta sus presupuestos más generales, los principios filosóficos básicos. Entonces estaremos tan seguros de la corrección de los presupuestos que hemos establecido como lo estamos de nuestros juicios.

El hecho de que haya un conflicto entre opiniones filosóficas parece que va en contra de la idoneidad de este método, puesto que si los principios filosóficos pueden encontrarse realmente con regla tan simple, ¿cómo se explica entonces que todos los filósofos no estén de acuerdo con ellos? La respuesta es que esta regla es tan fácil de establecer como difícil de seguir, y abstenerse de todos los rodeos y otras cuestiones atractivas hacia las cuales uno se ve tentado por el espejismo de un sistema compuesto de elementos arbitrariamente ensamblados. La desesperanzada discusión del filósofo por los principios simplemente es la consecuencia inevitable del hecho de que considera que no merece la pena seguir el principio que rige la abstracción continuamente progresiva, y llevados más bien por la lamentable obsesión por el sistema, saltan inmediatamente sobre las abstracciones más extremas, desde las que ya no pueden orientarse a sí mismos, porque se ha roto el hilo que conecta con el único punto sólido desde donde parte la abstracción.

Es más, observamos que los filósofos cuyos sistemas difieren de manera más radical utilizan los mismos principios tan pronto como pasan de la doctrina a sus aplicaciones, una circunstancia que demuestra de manera incontrovertible que desde el camino recto de la abstracción se divaga hasta producir desunión. Si los filósofos tuvieran que ser fieles en la práctica a los sistemas que han erigido de manera dogmática, ¿cómo podría el determinista, que niega la responsabilidad del ser humano, cometer el error de emitir un juicio ético en la vida diaria? Si se le engaña y miente, debería aceptarlo como algo fatídico; a lo sumo, podría lamentarse de su desgracia, pero no tendría fundamentos para su indignación moral. ¿O alguien ha descubierto alguna vez que el escéptico filosófico, que llama ilusión a la suposición de la relación causal entre fenómenos, ha dejado de interesarse por las causas de los hechos que observa, especialmente por aquellos que le afectan personalmente? La consistencia debería pedirle que renunciara de una vez y para siempre a la pregunta de «¿por qué?».





El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhoo.aafi.es](http://www.elbuhoo.aafi.es)

## VI

Aunque el procedimiento de abstracción anteriormente descrito es suficiente para descubrir principios filosóficos básicos, no nos proporciona una verificación de los mismos. De esta forma, solamente se demuestra que son los presupuestos de los juicios analizados y, por lo tanto, sus fundamentos más generales. En consecuencia, su legitimidad no puede basarse en estos juicios. Entonces, si van a permanecer completamente sin verificar, necesitan un procedimiento especial para valorar las razones de su validez.

Por la peculiaridad del conocimiento filosófico, aquí no podemos llamar a la intuición para que acuda en nuestra ayuda, como podemos hacerlo para la verificación de los principios de otras ciencias. Tampoco podemos verificarlos de una manera puramente lógica, pues eso presupondría que ellos, como principios secundarios, podrían retrotraerse a los principios supremos, pero esto implicaría una contradicción con respecto al hecho de que ellos mismos ya representan los principios supremos del sistema.

Previamente descubrimos que las razones de la cognición de los juicios filosóficos, si es que existe alguna, reside en nosotros, sin necesidad de ninguna acción por nuestra parte e independientemente de toda experiencia. Al mismo tiempo, descubrimos también que no reside en nosotros con una claridad inmediata. Pertenece, pues, a los componentes originales de nuestra razón, como un conocimiento inmediato, aunque inicialmente oscuro.

Y esta revelación, si tiene éxito, es una verificación suficiente de los principios filosóficos básicos. Así que no podemos preguntarnos de nuevo si el conocimiento inmediato así revelado es válido esta vez. Podemos pedir que se tenga en cuenta una cognición tanto si la poseemos como si no; pero cuando confesamos que poseemos realmente una cognición, es una contradicción preguntar si lo que aprehendemos a través de ella como verdadero es realmente verdadero. Así, dudar de la validez de la cognición inmediata es una contradicción interna y se anula por sí mismo; y esta circunstancia vuelve superflua la verificación de la cognición inmediata. Nuestra certidumbre con respecto a ella constituye para nosotros el hecho primario, anterior a todo pensamiento de verificación y refutación; descansa en nosotros, inmune a toda duda que surja de la reflexión, por virtud del hecho de tener confianza en la razón.

Por tanto, lo que se prueba por la teoría de la razón no es la verdad de los principios filosóficos básicos en cuestión —como principios básicos son totalmente improbables—, sino simplemente la verdad de la proposición empírica que de hecho poseemos de un conocimiento racional inmediato que contiene las razones de esas proposiciones filosóficas. Quienquiera que demande más de la verificación de los principios filosóficos, quienquiera que piense que el conocimiento filosófico puede o debería primero producirse por el método de la dialéctica, simplemente está siendo engañado por la oscuridad original del conocimiento filosófico. Porque este conocimiento llega a clarificarse solamente a través del pensamiento, se piensa que su fuente también puede encontrarse en el pensamiento. Y este error de la



El Búho

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en [www.elbuhho.aafi.es](http://www.elbuhho.aafi.es)

naturaleza real del conocimiento filosófico lleva a que se busque el secreto de la filosofía en la invención de una dialéctica que genera artificialmente conocimiento filosófico, un esfuerzo eternamente infructuoso. Cualquier intento para conseguir aumentar el conocimiento únicamente a través de la reflexión, sin asumir previamente un conocimiento derivado de cualquier otra fuente, reducirá a cero la naturaleza intermediaria y el vacío original de la reflexión, no importa lo novedoso e ingenioso que este intento pueda ser. La reflexión, en tanto que capacidad de pensar, no puede enriquecer el contenido del conocimiento, puesto que lo necesitamos para dar forma científica a este contenido y elevarlo así hasta la completa claridad de la conciencia.

Una vez que se ha eliminado esta confusión entre la reflexión (que en sí misma está vacía) y la razón (que es la capacidad para la cognición inmediata), automáticamente desaparece la vana ilusión que subyace al poder del pensamiento para destilar, por alguna especie de arte dialéctico, un contenido de las formas del pensamiento

Tan pronto como se reconozca que ésta es la naturaleza del conocimiento filosófico, llegará a ser evidente que tiene que haber un sistema de filosofía pura que se establezca de manera inmutable y que no permita una elaboración posterior. Como el conocimiento filosófico tiene su lugar en la razón pura, no puede depender de su aumento a través de la experiencia, y la ingeniosidad no puede añadir o quitar nada. Si existe alguna cosa como el conocimiento filosófico, lo poseemos enseguida y a todos los efectos, y el desarrollo de la filosofía consiste solamente en que lleguemos a ser más y más claros y completamente conscientes del conocimiento filosófico que poseemos.

Que podamos llegar a esta conclusión procede del encanto científico especial que tiene la filosofía pura por encima de todas las demás ciencias. Cada ciencia recurre a la intuición y es susceptible de extenderse hacia el infinito porque el tiempo y el espacio son infinitos. La filosofía, por otra parte, es capaz de una forma final, irrevocablemente prescrita por la sola razón.

**Leonard Nelson** nace en Berlín en 1882, hijo de padres artistas. Estudia en las universidades de Heidelberg y Berlín, entre otras, y en 1904 funda la escuela neofrisiana. Su filosofía, influenciada por la ciencia y las matemáticas, se basa en el pensamiento de Kant y Jacob Fries. De gran personalidad, y comparado a menudo con Sócrates por la atracción que ejercía sobre los jóvenes, también destacó en política, pues formó parte activa del movimiento socialdemócrata y fue un gran defensor de los derechos de los animales. Murió en 1927, a la edad de 44 años, a consecuencia de una neumonía. Para más información sobre este casi desconocido autor (a pesar de que Ferrater Mora le dedicó una entrada en su *Diccionario de Filosofía*, y de que Popper lo cite varias veces en su obra), recomendamos la lectura del artículo de Margarita Boladeras, [«Leonard Nelson, filósofo de nuestro siglo»](#), *Convivium*, nº 42, 1978, pp. 51-69.